

Ciudad en progreso

*MANUEL A. CARDEÑA

Arjona cumple mayoría de edad centenaria en estos días y quienes vivimos este acontecimiento asumimos todo ese bagaje histórico que constituye nuestro ser de hoy, nuestro presente, en ansia permanente de un futuro mejor, aunque de actuación imprevisible.

El hombre es el único ente que está hecho de pasado, que consiste en pasado, si bien no sólo de pasado, afirma Ortega, oponiéndolo a las cosas, que no lo tienen porque ellas son sólo consecuencia de aquel y las causas de que emergen queda fuera, mientras que el hombre lo conserva en sí, lo acumula.

Y este pasado reciente, cuyo inicio concretamos en esa fecha simbólica de 1891, cuando doña María Cristina de Habsburgo, la discreta regente de España, hace ingresar a la nuestra en la señorial corte de las ciudades, aunque sólo sean anécdotas las razones esgrimidas, por merecimientos propios, reconocimiento expreso de su nobleza, de su importancia histórica, de su bien ganado prestigio entre la distinción aristocrática de sus habitantes y el ennobecedor bien hacer de sus artesanos.

Profundas transformaciones podríamos detectar en un somero análisis comparativo de cualquiera de las estructuras que conforman la detección gráfica del estado de un pueblo en distintos momentos de su historia.

Es innegable aceptar el gran crecimiento de determinadas variables económicas originado en nuestra sociedad en los últimos cien años, lo cual no conlleva a un desarrollo y modernización en el mismo grado. La vida tradicional se ha ido convirtiendo día tras día, y a cada momento que pasa con una mayor celeridad, en una simple curiosidad, en una foto descolorida, en un elemental factor de añoranza romántico sentimental. Y se va transformando de un modo más o menos consciente en otra vida diferente, regida por otra serie de valores, a veces no asumibles de modo absoluto por miembros de otras generaciones, vinculados entre sí por una afinidad que no procede tanto de los mismos hombres que la constituyen como de verse obligados a vivir en un mundo que tiene una forma determinada y única, apareciendo tensiones y distan-

ciamientos en miembros inmediatos de la comunidad.

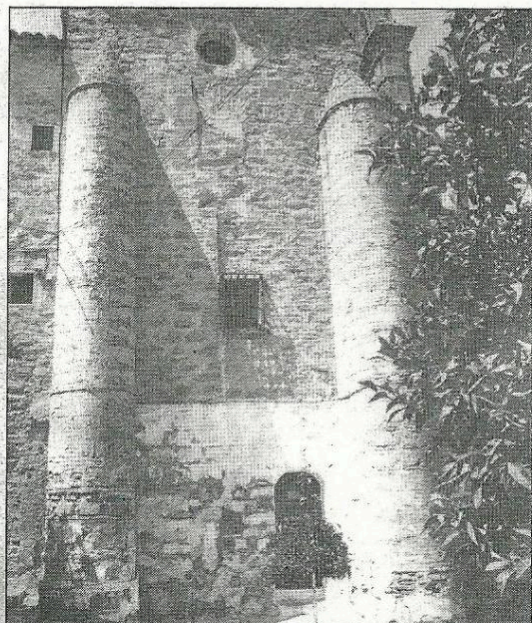
Conscientes de que nos encontramos en esa posición indeterminada entre la sociedad rural y la urbana, sabedores asimismo de que el progreso es necesario y el desarrollo tecnológico, que la sociedad industrial por ósmosis va trasladando a la nuestra, podríamos servir para la solución de los problemas que el hombre ha ido encontrando en su lucha contra el medio, percibimos cómo acecha el peligro de sustituir la tónica de la miseria, la pequeña mezquindad, tan general de las sociedades tradicionales, por una

técnica vinculante y no liberalizadora, por una tiranía de la mercancía, por un hombre excesivamente unidimensional, superespecializado.

Esta oscura alternativa nos presenta un futuro escasamente atractivo. Pero ese pesimismo que podría enturbiar el razonable instinto humano de conseguir una mayor calidad de vida, encuentra en el desarrollo cultural de los hombres un asidero de independencia, un argumento de esperanza en la elección del camino más correcto. Y no cabe duda que en Arjona este proceso se ha ido desenvolviendo hacia una



Conscientes de que nos encontramos en esa posición indeterminada entre la sociedad rural y la urbana, sabedores asimismo de que el progreso es necesario y el desarrollo tecnológico, que la sociedad industrial por ósmosis va trasladando a la nuestra....



generalización, ha salido de unos recientes más o menos elitistas ofreciendo cada día más posibilidades a un sector más amplio, si no universal.

Sin pretender ser exhaustivo en la enumeración de elementos catalizadores de esta incentivación cultural no podría, sin embargo, dejar de citar la labor de los tiempos heroicos del magisterio del primer cuarto de siglo, el establecimiento de las Escuelas del "Ave María" (1924), la aparición del periódico "Arjona" (1924-32), (1958-61), la desigual actividad de la Agrupación de artistas y escritores "Los Nazaritas" (1954), la generosidad de la Academia "Virgen de los Dolores" (1958), la regularización de la enseñanza en colegios graduados, las recientes creaciones de los Institutos de Bachillerato y de Formación profesional o la convocatoria anual del joven y prestigioso Certamen Literario "Alvarez Tendero", habiendo plasmado en todos ellos sus improntas decisivas hombres y hombres inolvidables, don Rafael Izquierdo, don Basilio Martínez Ramos, don Santiago Morales, don Juan Cañadas, don Manuel Álvarez Tendero, don Juan Miguel González y tantos otros, algunos ya desgraciadamente desaparecidos, a los que su propia humildad

les haría ruborizar de verse incluídos en esta relación y a los que cada arjonero podría poner nombres y apellidos.

Incluso Juan Eslava, arjonero de los que ejercen por convencimiento y merecimiento propio la urgavonidad, en su feroz, y es posible que justificada, diatriba contra las instituciones educativas, "Escuela y prisiones", sufridas por Vicente González, salva a su maestro de Arjona.

Bien es cierto que la cultura no es el único elemento dinamizador de la sociedad, pero sin duda es uno de los más eficaces y al que tenemos un más fácil acceso en nuestros días; sólo hará falta hacerla atractiva y valorar su necesidad. Cultura que no es sólo la formación adquirida en dogmáticos libros, en rancios documentos, en implacable persecución de datos ignorados, en la asunción de informaciones complejas de la sofisticada maquinaria de los medios audiovisuales, también lo es, y de especial manera, la recuperación de ese pasado, histórico pasado, que configura nuestra esencia de ser humano.

* Manuel Cardeña es el cronista oficial de la ciudad de Arjona y miembro de la Comisión Organizadora de los actos.

El arte de cultivar la tierra o la agricultura del olivar

*BENITO PRESA PEREZ

Arjona celebra en estos días el primer Centenario de la concesión del título de Ciudad, que fue otorgado por la Reina Regenta María Cristina. Uno de los aspectos positivos que motivaron a la Reina para la referida concesión fue por el desarrollo de su agricultura.

Dentro del entorno agrícola en que se encuentra Arjona quizá sea el olivo, esa planta milenaria, el que haga que nuestra querida ciudad sea conocida en otros continentes, donde también se encuentra su nombre.

Algunas pruebas arqueológicas han dado fundamento a muchos historiadores para elevar el olivo a épocas paleolíticas y neolíticas.

Son los fenicios los que difun-

den el olivo por las islas griegas, y en el transcurrir de los siglos XIX y XVII a. c. los llevan hasta la península Ibérica, donde se incrementa su cultivo, llegando a alcanzar gran importancia en tiempos de Solón (IV a. C.), que promulgó un decreto sobre plantación de olivos.

Con los Romanos prosigue la expansión del olivo por los países costeros del Mediterráneo, y es curioso como a esta noble planta la toman como arma pacífica en su conquista para el asentamiento de poblaciones. A España nos llega en la dominación romana (45 a. c.) (por desgracia estamos bajo esa misma dominación en la actualidad, pero con un agravante, que no están llegando con el olivo, pero sí con nuestros propios aceites).

Cuando los romanos llegaron

al Norte de África, y en su creencia que allí el olivo era desconocido, se encontraron que los bereberes sabían injertar acebuches, existiendo un verdadero cultivo en su territorio.

No hay que olvidar que los árabes introdujeron su variedad en el sur de España e influyeron en la difusión del cultivo hasta el punto que los vocablos castellanos de aceituna, aceite o acebuche, tienen raíz árabe.

El cultivo del olivo salta de la cuenca Mediterránea con el descubrimiento de América, siendo primero las antillas y posteriormente el continente.

En tiempos más recientes, el olivo ha continuado su expansión, cultivándose, en Australia, Japón o China. Podíamos recordar la frase del ilustre agrónomo francés Duhamel "allí donde el



sol lo permite el olivo se implanta y gana terreno" o "allá donde el olivo renuncia, termina el Mediterráneo". Con tanta historia y tantos siglos, la agricultura que fue el amor y el agradecimiento de la tierra, debe ser dignamente tenida en cuenta por nuestra so-

ciudad, y que los hombres sencillos que la trabajan sean considerados como el resto de los profesionales.

* Benito Presa es miembro de la Comisión Organizadora de los actos del I Centenario.